

## XII

## EL BAILE

Según va dicho, el siguiente día era el señalado para celebrar en el palacio del gobernador la comida y el baile que tan alborotados traían los ánimos de los habitantes de Puerto Luis.

Quien no ha vivido en las colonias, y sobre todo en la isla de Francia, no puede formarse idea del lujo que se despliega bajo los 20° de latitud meridional. Aparte las maravillas parisienses que cruzan los mares para embellecer a las graciosas criollas de la isla de Mauricio, escogen de primera mano los diamantes de Visapur, las perlas de Ofir, las cachemiras de Siam y las preciosas muselinas de Calcuta. No hay buque procedente de la tierra de las *Mil y una noches* que no haga escala en la isla de Francia para dejar en ella parte de los tesoros que transporta a Europa; así es que aun para el hombre acostumbrado a la elegancia parisiense o a la profusión inglesa, tiene un no sé qué de extraordinario el deslumbrador conjunto que presenta una tertulia en la isla de Francia.

Los salones del palacio de la gobernación, que lord Murrey, miembro de la sociedad más elegante y partidario de todas las comodidades, había renovado enteramente, a las cuatro de la tarde ofrecían el aspecto de una morada de la calle del Monte Blanco de París o de la del Regente de Londres; toda la aristocracia colonial estaba allí, mujeres y hombres; éstos, ostentando el sencillo traje impuesto por nuestras modas mo-

dernas; aquéllas, cubiertas de diamantes o de perlas, ataviadas anticipadamente para el baile, y no habiendo más diferencia entre ellas y las europeas que la muelle y deliciosa morbidez exclusiva de las criollas. Cada vez que anunciaban la llegada de un nuevo personaje, una sonrisa general acogía a la persona anunciada; porque huelga decir que en Puerto Luis todos se conocen, y la única curiosidad que acompaña a una mujer, al entrar en un salón, es la de saber qué nuevo vestido ha comprado, de dónde procede, de qué tela está labrado y qué galas lo adornan. Sobre todo las damas criollas sentían aguijada su curiosidad respecto de las damas inglesas; porque en la eterna lucha de coquetería de que Puerto Luis es teatro, para las indígenas el gran problema estriba en vencer en lujo a las extranjeras. El murmullo que acogía la entrada de una dama, y el cuchicheo que lo seguía, solían ser, pues, más ruidosos y prolongados cuando el criado anunciaba un nombre británico, cuya áspera consonancia pugnaba con los de la isla, que hacían el contraste que las morenas vírgenes de los trópicos con las rubias y pálidas hijas del Norte. Cada vez que llegaba un nuevo convidado, lord Murrey salía al encuentro de él, y con la aristocrática cortesía que caracteriza a los ingleses de la sociedad encumbrada, si era mujer le ofrecía el brazo para conducirla a su sitio y tributarle a la par una frase galante; y si era hombre, le tendía la mano y le dirigía un elogio; por manera que todos echaban de ver que el nuevo gobernador era hombre de relevantísimas prendas.

El criado anunció a los señores y a la señorita de Malmedie, quienes eran esperados con tanta impaciencia cuanta curiosidad, no porque Malmedie fuese uno de los más acaudalados y notables

habitantes de la isla de Francia, sino porque Sara era una de las más ricas y elegantes mujeres de la isla. Todos siguieron, pues, a lord Murrey cuando éste se adelantó al encuentro de la doncella, pues sobre todo el presunto tocado que ésta luciría era lo que preocupaba a las más hermosas convidadas.

Contra la costumbre de las mujeres criollas y contra la expectación general, el tocado de Sara era sencillísimo: consistía en un hermosísimo vestido de muselina índica, transparente y ligera como la gasa a que Juvenal apellida aire tejido, sin bordado alguno, sin una perla, sin un solo diamante, sin más que una rama de ojicanto cuyas flores le rehilaban en la cintura, y una corona del mismo arbusto; ni siquiera un brazaleté hacía resaltar la dorada piel de sus brazos. Olvidábasenos decir que Sara ostentaba en la mano el precioso abanico que comprara a Miko Miko, y que se le desparramaba por los hombros y en cascadas de bucles su sedosa y negra cabellera.

Como va dicho, en la isla de Francia todos se conocen; por manera que una vez hubieron llegado los Malmedie, notaron los presentes que ya nadie faltaba, pues cuantos por su representación social o por su fortuna solían reunirse, ya reunidos se hallaban: así, pues, desviaron todos de la puerta la mirada, y al cabo de diez minutos de espera y cuando empezaban a preguntarse unos a otros a quién podía esperar lord Murrey, la puerta se abrió de nuevo y el criado anunció en voz alta:

—El señor Jorge Munier.

Un rayo que hubiese caído en medio de la tertulia que acabamos de reunir a los ojos del lector, no hubiera causado un efecto más terrible que el que causó aquel simple anuncio. Todos, al oír el nombre de Jorge Munier, volvieron los ojos

hacia la puerta para ver quién era el que por ella iba a entrar, pues aunque el nombre de Munier era muy conocido en la isla de Francia, el que lo llevaba vivía retirado hacía tanto tiempo, que casi nadie se acordaba de él.

Jorge entró.

El joven mulato vestía con sencillez y buen gusto notables. Ostentaba casaca negra de corte irreprochable que daba gran realce a su gallardo cuerpo, una cadenita de oro en el ojal de la que pendían las dos crucecitas con que estaba condecorado, pantalones semi ajustados que revelaban las formas elegantes y esbeltas propias de los hombres de color, y, contra la costumbre de éstos, no llevaba otra alhaja que una delgada cadena de oro semejante a la del ojal, y cuyo extremo desaparecía en el bolsillo izquierdo de su chaleco de piqué blanco. Además, una corbata negra, anudada con la estudiada negligencia cuyo conocimiento sólo se adquiere con el continuado trato de la gente de las esferas sociales superiores, y sobre la cual caía un redondeado cuello de camisa, formaba marco a su hermosa cabeza, de la que su bigote y sus negros cabellos hacían resaltar la palidez.

Lord Murrey salió al encuentro de Jorge hasta más allá que no hiciera con otro alguno, y, cogiéndolo de la mano, lo presentó a las tres o cuatro damas y a los cinco o seis oficiales ingleses que se hallaban en el salón, como un compañero de viaje de quien no le cupo sino cantar alabanzas durante la travesía; luego se volvió a los demás, y dijo:

—Señores, no presento a ustedes al señor Jorge Munier, pues el caballero es paisano de ustedes, y el regreso de un hombre tan distinguido como él ha de ser casi una fiesta nacional.

Jorge se inclinó en señal de agradecimiento; pero por mucha que fuese la deferencia debida al gobernador, por más que se hallaban en casa de éste, sólo uno o dos de los circunstantes tuvieron fuerzas para balbucear algunas palabras en respuesta a la presentación que acababa de hacer lord Murrey.

El cual no advirtió o hizo que no advertía lo que pasaba, y como el criado anunció que la mesa estaba servida, ofreció el brazo a Sara y pasó al comedor seguido de los convidados.

Atendido el carácter de Jorge, ya el lector habrá adivinado que el joven se hizo esperar adrede. En el punto de entrar en lucha con la pre-ocupación que él resolviera combatir, quiso del primer golpe mirar cara a cara a su enemigo. Y a fe que no pudo ver más plenamente cumplidos sus deseos: el anuncio de su nombre y su entrada habían causado todo el efecto que él pudo esperar.

Con todo eso, Sara fué sin contradicción la que sintió emoción más honda de cuantos estaban reunidos en el palacio del gobernador. Sabedora de que el joven cazador del río Negro había llegado a Puerto Luis con lord Murrey, ya supuso que lo vería, y quizás a la intención de aquel recién venido de Europa se vistiera con la sencillez elegante que hemos visto, sencillez tan apreciada entre nosotros, y a la cual con sobrada frecuencia reemplaza, en las colonias, un lujo desmedido. Sara, pues, al entrar, buscó con los ojos al desconocido, y al advertir, con una sola mirada, que no estaba aquél presente, esperó que llegase para, al anunciarlo, saber cómo se llamaba y quién era, sin necesidad de hacer pregunta alguna.

Sara vió realizadas sus previsiones. Apenas, como ya hemos dicho, hubo tomado sitio en el

círculo de las damas, y los Malmedie se hubieron entretendido entre los hombres, cuando anunciaron a Jorge Munier.

A este nombre tan conocido en la isla, pero que nadie estaba acostumbrado a oírlo pronunciar en tales circunstancias, Sara se estremeció instintivamente y se volvió llena de ansiedad. Con efecto, la doncella vió entrar al joven extranjero de Puerto Luis con paso firme, serena la frente, altiva la mirada, repulgados con desdén los labios, y digámoslo desde luego, a esta tercera aparición le pareció todavía más gallardo y poético que en las dos primeras. Entonces Sara siguió no solamente con los ojos, pero también con el alma, la presentación que lord Murrey hizo de Jorge a la sociedad, y oprimiósele el pecho cuando se tradujo en silencio la repulsión inspirada por la cuna del joven mulato, con quien cruzó una mirada fugaz y significativa.

Quando lord Murrey ofreció el brazo a Sara, ésta ya nada vió; porque ante la mirada de Jorge sintió que se sonrojaba y palidecía alternativamente, y dándose a entender que todos tenían puestos los ojos en ella, se apresuró a sustraerse momentáneamente a la curiosidad general. Respecto del particular la doncella se engañaba: nadie había pensado en ella, pues todos, excepto Malmedie y Enrique, ignoraban los acaecimientos que precedentemente habían puesto en contacto a los dos jóvenes, y nadie podía sospechar que hubiese algo de común entre Sara de Malmedie y Jorge Munier.

Ya sentados a la mesa, Sara se animó a tender una mirada en torno de sí, y vió que estaba sentada a la derecha del gobernador, que tenía a su izquierda a la esposa del comandante militar de la isla, al frente al comandante militar, senta-

do entre dos damas de las más linajudas de la isla, que a la vez tenían respectivamente a la derecha y a la izquierda a Malmedie y a Enrique, y así consecutivamente. En cuanto a Jorge, sea casualidad o amable previsión de lord Murrey, estaba sentado entre dos inglesas.

Sara respiró: sabía que la preocupación que perseguía a Jorge no ejercía el más leve influjo en el ánimo de los extranjeros, y que, para llegar a compartirla era menester que un habitante de la metrópoli hubiese vivido largos años en las colonias. Sara vió también como Jorge representaba con todo desembarazo su papel de comensal galante, entre las cruzadas sonrisas de las dos paisanas de lord Murrey, satisfechísimas de haber hallado un vecino que hablaba en su lengua como un inglés castizo. Volviendo los ojos hacia el centro de la mesa, la doncella observó que Enrique tenía clavados los suyos en ella, y, comprendiendo claramente qué pasaba en el espíritu de su prometido, sin poderse ir a la mano bajó los párpados y se sonrojó.

Lord Murrey, gran señor en la acepción más lata de la palabra, profundamente conocedor de los deberes de un amo de casa, deberes tan difíciles de aprender cuando uno no los llena por instinto, y, por decirlo así, desde la cuna, cuando se disiparon el encogimiento y la sujeción que suelen pesar sobre el primer servicio, de una comida aparatosa, empezó a dirigir la palabra a sus convidados, hablando a cada uno de la especialidad que podía sugerirle las respuestas más fáciles, recordando a los oficiales ingleses alguna gloriosa batalla, a los comerciantes alguna intrincada especulación; pero todo ello dirigiendo de tiempo en tiempo a Jorge una frase demostrativa de que a él podía hablarle de todo,

y de que se dirigía a una generalidad intelectual y no a una especialidad comercial o militar.

Así transcurrió la comida. Jorge, aunque con toda modestia, con la rapidez de concepción que le distinguía, respondió a las frases y a las preguntas del gobernador de modo que probó a los oficiales que había hecho la guerra como ellos, y a los comerciantes que no le eran extraños los grandes intereses mercantiles, que hacen del mundo entero una sola familia unida por el vínculo de los intereses; después, en medio de aquella truncada conversación, salieron a relucir los nombres de cuantos en España, Francia o Inglaterra ocupaban lugar elevado en la política, en la aristocracia o en las artes, acompañado cada uno de ellos de una de esas observaciones que indican, de un solo trazo, que el que habla lo hace con pleno conocimiento del carácter, genio o representación de los hombres que acaba de nombrar.

Aunque aquellos chispazos de conversación hubiesen pasado, si así puede decirse, por encima de las cabezas de la mayor parte de los convidados, entre éstos había algunos hombres bastante distinguidos para comprender la superioridad con que Jorge habló de todo: así es que por mucho que la repulsión manifestada hacia el mulato continuase siendo poco más o menos la misma, la admiración aumentó, y, con ella, entró en el corazón de algunos la envidia. Enrique sobre todo, preocupado con la idea de que Sara había mirado a Jorge más que no se lo consentían el ser prometida y su dignidad de mujer blanca, sintió en lo íntimo de su corazón una amargura que no estaba en su mano suavizarla; además, al nombre de Munier despertáronse sus recuerdos de la niñez, y trajo a la mente el día en que, al querer quitar la bandera a Jorge, el hermano de éste,

Jacobo, le diera un tremendo puñetazo en el rostro. Estas antiguas fechorías de los dos hermanos rugían sordamente en su pecho, y el pensar que a Sara, el día anterior, la había salvado aquel hombre, en vez de acallar el murmullo acusador de lo pasado, enconaba todavía más su odio contra él. En cuanto al padre de Enrique, pasó todo el tiempo de la comida enfrascado con su vecino en profunda disertación sobre una nueva manera de refinar el azúcar, que había de aumentar en un 33 % el producto de sus tierras. De ahí que, salvo el primer arranque de extrañeza que le causó el saber que Jorge era salvador de su sobrina, y la admiración de hallar al mulato en casa de lord Murrey, no se hubiese fijado más en nuestro héroe.

Pero, como hemos dicho, no sucedió igual con Enrique: éste no perdió palabra de las interpe-laciones de lord Murrey y de las respuestas de Jorge que incesantemente dió pruebas de rectitud de juicio y de un talento superior; ni dejó de estudiar la mirada firme, intérprete de la voluntad absoluta de Jorge. Enrique echó de ver, pues, que el mulato no era ya, como el día en que partiera de la isla, un niño oprimido, sino un antagonista poderoso que venía a provocarlo.

Si Jorge, al regresar a la isla de Francia, hubiese entrado nueva y humildemente en la condición que a los ojos de los blancos le creara la naturaleza, y se hubiese de esta suerte perdido en la obscuridad de su cuna, Enrique no se habría fijado en él, o, en este caso, no le hubiera guardado rencor alguno por lo sucedido entre los dos catorce años hacía. Pero no era así; el orgulloso joven entró en la isla con ostentación, y de resultas de un favor se inmiscuyó en la vida de su familia, y por último, como su igual en repre-

sentación y superior en inteligencia, sentóse a la misma mesa que él: era más que Enrique podía soportar, y por tanto Enrique, en su fuero interno, declaró la guerra a Jorge.

En levantándose de la mesa y después que todos hubieron pasado al jardín, Enrique se llegó a Sara, la cual, con otras damas, se había sentado bajo una glorieta paralela a la en que los hombres tomaban café. Sara se estremeció, pues el corazón le dijo que su primo iba a hablarle de Jorge.

—¿Qué tal te ha parecido la comida, prima? —preguntó el joven apoyándose en el respaldo de la silla de bambú que servía de asiento a la doncella.

—Presumo que no me haces esta pregunta desde el punto de vista material—respondió Sara sonriéndose.

—No, prima, por más que tal vez para algunos de los presentes, que no viven, cual tú, de rocío, aire y aromas, no estaría fuera de lugar la pregunta. Quiero decir desde el punto de vista social.

—Que en ella ha presidido un gusto exquisito. Hame parecido que lord Murrey hacía admirablemente los honores de su mesa, y ha estado, si no me engaño, lo más amable con todos.

—Es verdad—repuso Enrique,—y por eso me pasma que un hombre tan distinguido como él haya cometido para con nosotros una acción tan fea.

—¿Cuál?—preguntó Sara, comprendiendo a qué tiraba su primo, y sacando de lo profundo de su corazón una fuerza de ella misma desconocida para mirar de hito en hito a Enrique.

—La de convidar a la misma mesa que a nosotros a Jorge Munier—respondió el joven, algo

turbado por la fijeza de aquella mirada y por la voz que murmuraba en el fondo de su conciencia.

—Y a mí no me pasma menos—arguyó Sara,—que no hayas dejado al cuidado de otro el hacerme semejante observación.

—¿Y por qué soy yo el único que no puedo hacértela, mi querida prima?

—Porque a no ser el señor Jorge Munier, cuya presencia en esta casa te parece tan inconveniente, y dando por supuesto que se llora por la pérdida de una prima y se lleva luto por la muerte de una sobrina, tú y tu padre estaríais de luto y me lloraríais en este instante.

—Es cierto—profriró Enrique sonrojándose,—comprendo la gratitud que debemos a Jorge por haber salvado una vida tan preciosa como la tuya; y ya viste ayer, que me apresuré a regalarle los dos esclavos a quienes mi padre quería castigar y él deseaba comprarlos.

—¿Y tú te tienes por quito con él mediante el dón de aquellos dos esclavos?—repuso la doncella.—Gracias, primo, no sabía que estimases en mil pesos mi vida.

—Pero, señor, ¡qué manera de interpretar las cosas tienes hoy!—articuló Enrique.—¿Por ventura he sustentado por un segundo la idea de poner precio a una existencia por la cual daría yo la mía? Sólo me ha animado la intención de hacerte observar en qué falsa posición pondría, verbigracia, lord Murrey a una mujer a quien Jorge invitara a bailar.

—¿Así, pues, tú opinas, mi querido Enrique, que la mujer esa debería negarse?

—Claro que sí.

—¿Sin reflexionar que, al negarse, comete para con el hombre que ningún mal la ha hecho, y que tal vez le ha prestado un servicio, una de

esas ofensas de la que él debe necesariamente pedir una satisfacción al padre, al hermano o al marido de la ofensora?

—Presumo que, llegado el caso, Jorge reflexionaría y se haría la justicia de creer que un blanco no se rebaja hasta medirse con un mulato.

—Permíteme que emita una opinión en tal materia, primo—repuso Sara;—pero o, según lo poco que he visto, he comprendido malamente a Jorge, o no creo que, si se tratase de lavar su honor, un hombre que, como él, ostenta dos cruces en el pecho, se detuviese ante los escrúpulos de humildad interna que tú le atribuyes, mucho me lo temo, gratuitamente.

—Sea lo que fuere, mi querida Sara—replicó Enrique encendido por la cólera,—espero que cuando menos el temor de exponernos a mi padre y a mí a las iras de Jorge, no te hará cometer la imprudencia de bailar con él si se atreviese a invitarte.

—No bailaré con nadie, caballero—contestó fríamente Sara levantándose y yendo a apoyarse en el brazo de la dama inglesa que había estado junto a Jorge a la mesa, y que era una de sus amigas.

Enrique permaneció un instante como aturdido ante aquella para él inesperada firmeza, y luego se llegó a un grupo de jóvenes criollos en el cual halló, por sus ideas aristocráticas, indudablemente más simpatía que no hallara en su prima.

Entretanto, Jorge, centro de otro grupo, departía con algunos oficiales y algunos comerciantes ingleses, que no compartían, o en tal caso en menor grado, la preocupación de sus compatriotas.

Así transcurrió una hora, durante la cual se hicieron los preparativos del baile; luego abriéronse nuevamente las puertas para que los convidados pudiesen entrar en los salones, desembarazados de sus muebles y deslumbradores de luz.

En aquel momento preludió la orquesta, dando la señal de la contradanza.

Sara, al condenarse a ver danzar a sus compañeras, hizo sobre sí un violento esfuerzo, porque, como dijimos, se desvivía por el baile. Pero toda la amargura del sacrificio que hacía recayó en el que se lo había impuesto; mientras que, al contrario, empezaba a desenvolverse en su alma un afecto más tierno y más profundo que cuantos sintiera hasta entonces, en favor de aquel por quien se lo imponían; que una de las sublimes cualidades de las mujeres, a las cuales la naturaleza y la sociedad han hecho hermosamente endebles, es la de sentir un interés hondísimo por cuanto vive oprimido, y una admiración aún más grande por cuanto no se deja oprimir. Así es que cuando Enrique, dándose a entender que su prima no resistiría el arrebato del primer ri-tornelo, vino, a pesar de su respuesta, para incitarla a bailar, como de costumbre, la primera contradanza con él, Sara se limitó a contestarle:

—Ya sabes que esta noche no bailo.

Enrique se clavó los dientes en los labios hasta arrancar de ellos sangre, e instintivamente buscó con los ojos a Jorge, que estaba bailando con la inglesa a quien diera el brazo para conducirla a la mesa. Sara, movida por un impulso que sin embargo nada tenía de simpático, dirigió la mirada hacia el mismo punto que Enrique, y se le oprimió el corazón.

Jorge danzaba con otra, y tal vez no pensaba en Sara, que acababa de hacerle un sacrificio del

que veinticuatro horas antes se hubiera tenido por incapaz de hacerlo por quien quiera que fuese. El tiempo que duró aquella contradanza fué uno de los momentos más dolorosos que la doncella hubiese pasado en su vida.

Terminada la danza, Sara siguió a pesar suyo y con los ojos a Jorge, el cual, luego de haber acompañado a la inglesa a su sitio, pareció buscar a alguien con la mirada. Efectivamente el joven mulato buscaba a lord Murrey, y apenas lo hubo visto se llegó a él, le dijo algunas palabras, y ambos se aproximaron a la doncella, que sintió la sangre concentrarse en el corazón.

—Señorita—dijo lord Murrey,—el caballero, compañero mío de viaje, quizás excesivamente reverenciador de nuestras costumbres europeas, no se atreve a invitar a usted a bailar antes de haber tenido el honor de ser presentado a usted. Permítame usted, pues, que le presente al señor Jorge Munier, uno de los caballeros más distinguidos que conozco.

—En realidad y como usted ha dicho muy bien—contestó Sara con voz que, tras un grande esfuerzo de su voluntad, consiguió emitir casi con firmeza,—el temor del señor Jorge es exagerado, pues somos ya antiguos conocidos. El día de su llegada, el caballero me hizo un favor, y ayer me salvó la vida.

—¡Cómo!—profirió lord Murrey,—¿el joven cazador que tuvo la suerte de hallarse allí a punto para tirar contra el tiburón aquél, es el señor Jorge?

—Sí, milord—respondió Sara encendida de vergüenza al pensar en aquel instante que Jorge la había visto en su traje de baño;—y ayer estaba yo todavía tan conmovida y turbada, que apenas si acerté a dar las gracias al caballero, a quien

hoy se las renuevo con tanto más encarecimiento, cuanto a su destreza y a su presencia de ánimo debo la dicha de asistir a esta hermosa fiesta, milord.

—Y a ellas añadimos las nuestras—añadió Enrique, que se había llegado al pequeño grupo de que su prima formaba el centro—porque también nosotros estábamos ayer tan conmovidos y preocupados con aquel incidente, que sólo acertamos a decir algunas palabras al caballero.

Jorge, que aun no había descosido los labios, pero cuya mirada perspicaz había buceado en el corazón de Sara, se inclinó en señal de gracias, pero sin responder de otra manera a Enrique.

—Entonces—dijo lord Murrey,—espero que la súplica que el señor Jorge quería dirigir a usted marchará por sí, y dejo a mi protegido que se explique él mismo.

—¿La señorita de Malmedie me concederá el honor de bailar conmigo una contradanza?—profirió Jorge inclinándose por segunda vez.

—Caballero—respondió Sara,—siento vivamente no poder complacer a usted, y espero que usted me dispense. Hace poco, resuelta a no bailar esta noche, no he accedido a una petición igual de mi primo.

Jorge se sonrió como quien lo adivina todo, e irguióse y dirigió a Enrique una mirada tal de desdén, que lord Murrey comprendió en ella y en la que Malmedie lanzó en respuesta a Jorge, que entre los dos jóvenes había un odio profundo e inveterado. Pero encerró esta observación en su pecho, y, como si nada hubiese advertido, preguntó a Sara:

—¿Influye acaso en los placeres de hoy un resto del terror de ayer?

—Sí, milord—respondió la doncella;—y aun

me hallo bastante indispuesta para rogar a mi primo que advierta al señor de Malmedie que desearía retirarme, y que cuento con él para que me conduzca a nuestra casa.

Enrique y lord Murrey se apartaron simultáneamente para cumplir el deseo de Sara, y Jorge se inclinó con viveza para decir a ésta y a media voz:

—Gracias, señorita, tiene usted noble el corazón.

Sara se estremeció e intentó responder; pero como lord Murrey estaba ya de regreso, casi a pesar suyo no hizo más que cruzar una mirada con Jorge.

—¿Persiste usted en dejarnos, señorita?—preguntó el gobernador.

—Querría poder quedarme, milord—respondió la doncella;—pero realmente siento profundo mal-estar.

—En este caso sería en mí un egoísmo el intentar retenerla, señorita; y como es probable que el coche del señor Malmedie no esté a la puerta, voy a que enganchen el mío.

Dichas estas palabras, lord Murrey se alejó.

—Sara—profirió Jorge,—cuando salí de Europa para regresar a la isla de Francia, no alentaba otro deseo que el de hallar en ella un corazón como el de usted, pero no lo esperaba.

—Caballero—susurró Sara, dominada a pesar suyo por la inflexión de la voz de Jorge,—no comprendo lo que quiere usted decir.

—Quiero decir que desde el día de mi llegada me forjé una ilusión, y que si mi ilusión llega a realizarse, seré el más dichoso de los hombres.

En diciendo estas palabras, Jorge hizo una respetuosa cortesía a la criolla, y, sin aguardar que ésta le respondiese y al ver acercarse a Malmedie y su hijo, se alejó.

Cinco minutos después, lord Murrey regresó para anunciar a Sara que el coche estaba presto, y le ofreció el brazo para atravesar el salón.

Al llegar a la puerta, la doncella lanzó una postrera mirada de añoranza a aquel baile en el cual tanto pensara gozar, y desapareció; pero aquella mirada había encontrado la de Jorge, que al parecer había de perseguirla de entonces más.

Lord Murrey, luego de haber acompañado a Sara al coche, encontró en la antesala a Jorge, que a la vez se disponía a marcharse.

—¿También usted se va?—preguntó el gobernador al joven mulato.

—Sí, milord; ya sabe usted que provisionalmente vivo en Moka, y para llegar allí necesito andar unas ocho leguas; por fortuna con Antrim es asunto de una hora.

—¿Ha tenido usted alguna desavenencia con el señor Enrique de Malmédie?—preguntó con interés lord Murrey.

—Todavía no, milord—respondió Jorge sonriéndose;—pero todo da a suponer que no tardaremos en llegar a ese terreno.

—O mucho me engaño, mi joven amigo—dijo el gobernador,—o las causas de la enemistad de usted con esa familia datan de larga fecha.

—Lo ha adivinado usted, milord; terquedades de niños que se han trocado en odio de hombre; alfilerazos que se convertirán en estocada.

—¿Y no hay modo de componer eso?

—Por un instante lo esperé, milord; dime a entender que catorce años de dominación inglesa habían sido poderosos a matar la preocupación para combatir la cual regresé de Europa; pero me engañé: al atleta no le queda sino ungrirse de aceite y bajar al circo.

—¿No encontrará usted en él más molinos que gigantes, mi querido don Quijote?

—Sea usted juez de ello, milord—profirió Jorge sonriéndose.—Ayer salvé la vida a la señorita Sara de Malmédie, y ¿sabe usted de qué manera me lo ha agradecido hoy su primo?

—¿Qué sé yo?

—Vedándola que bailase conmigo.

—Es imposible.

—Tal como digo a usted, milord.

—Pero bien, ¿por qué?

—Porque soy mulato.

—¿Y qué resuelve usted hacer?

—¿Yo?

—Perdone usted mi indiscreción; pero usted sabe cuánto me intereso por usted, sobre que somos antiguos amigos.

—¿Qué resuelvo hacer?—profirió Jorge sonriéndose.

—Sí, porque es indudable que ha concebido usted algún proyecto.

—Esta misma noche he tomado una resolución.

—¿Cuál? A ver si yo se la apruebo.

—La de que la señorita Sara de Malmédie sea mi esposa dentro de tres meses.

Y antes de que lord Murrey hubiese tenido tiempo de manifestarle su aprobación o su desaprobación, Jorge le saludó y fué.

Al llegar a la puerta, el mulato encontró a su criado moro que lo estaba esperando con dos caballos árabes, y subiéndose sobre Antrim tomó al galope la vuelta de Moka.

De regreso en su casa, Jorge preguntó por su padre, y le respondieron que había salido a las siete de la noche y aún no había regresado.